

Homilía de Jueves Santo_Misa de la Cena del Señor

Mons. Rafael Zornoza Boy, 9 de abril de 2020

Participamos hoy en la Última Cena del Señor antes de morir. En este sacrificio de acción de gracias instituyó la Eucaristía, un tesoro inagotable. “Yo vivo por el Padre – dijo el Señor— y el que me coma vivirá por mí” (Jn 6,58). En aquella primera misa Jesús ofreció a Dios Padre su Cuerpo y su Sangre bajo las especies del pan y del vino y los entregó a los apóstoles para que los sumiesen, inaugurando el sacerdocio, mandándoles que ellos y sus sucesores en el sacerdocio también lo ofreciesen.

Jesús, como si fuera un esclavo, lava primero los pies a sus discípulos. Cristo une la humillación extrema de la muerte de cruz y la disponibilidad total de quien se deja comer. Necesitamos hacer nuestro, con corazón sencillo, este servicio humilde de Jesús para creer, para comulgar, para dejar que Dios nos lleve a los demás con disponibilidad, y para entregarnos a su servicio por completo. Llegada la Hora de su glorificación al Padre, muestra un impulso de amor que no se detiene ante la muerte, no tiene miedo. En esta cena funda con sus discípulos la Iglesia, que queda en el mundo unida por el amor y el servicio. Aquellos gestos suyos—el lavatorio de pies y la entrega hasta las últimas consecuencias— nos acompañan siempre. Hagamos lo posible para que se muestre especialmente hoy, Día de la Caridad, a cuantos nos rodean, a tantos que sufren, a los enfermos, pobres y necesitados. No dejemos de colaborar con Cáritas especialmente hoy, ni de compartir lo nuestro con los demás.

Después, como hacían los judíos, el Señor pronunció una bendición. En su oración siempre daba gracias al Padre, pero en esta ocasión sus palabras adquieren una profundidad especial: “Tomad y comed, esto es mi cuerpo... Bebed todos, porque esta es mi sangre, la sangre de la Alianza que se derrama por todos” (Mt 26,26-28). No es una comida corriente. Este pan nos entrega alimento del cielo para comunicarnos la vida divina, de modo que, por lo que ahora bendice al Padre, es por este nuevo don: que dará a comer ahora su propia carne y a beber su propia sangre. Nos ofrece un obsequio para la vida del mundo —“Haced esto en memoria mía” (Lc 22,19)— y nos manda perpetuar esta ofrenda en memoria suya. Cada eucaristía es desde entonces un “memorial”, como un gran recuerdo que actualiza aquello, que nos lleva no a un pasado que recordamos hoy, sino que, por lo contrario, se hace presente hoy aquello que entonces sucedió. El pasado ya pasó, pero esta “anámnesis”, este sacramento, vence al tiempo porque nos introduce en la intervención presente y eterna de Dios. El Señor en este momento está inaugurando una multiplicación de los panes que llega hasta nosotros hoy y a lo largo de la historia para dar la vida al mundo. Por ello Jesús, que nos sirve hasta llegar a hacerse comida, nuestro alimento cotidiano, nos enseñó a pedir: “danos hoy nuestro pan de cada día”. Que en este extraño Jueves Santo en que no podemos comulgar se acreciente en nosotros el deseo de recibir siempre al Señor, el propósito de buscarle siempre en la eucaristía sin despreciar nunca este sustento. Que la tristeza de no comulgar hoy se una al dolor de haberlo despreciado cuando sí estaba a nuestro alcance.

Jesús en la eucaristía va más allá: no se limita a hacer presente su muerte, sino que la transforma en ocasión ofrecerse por otros llevando a cabo el don de sí mismo. La pasión y la resurrección se convierten desde ahora en un sacrificio de expiación “por nosotros y por nuestros pecados”, que nos da la victoria sobre la muerte. La eucaristía es acción de gracias. Jesús da gracias al Padre antes –no después— de realizar su entrega (que parecería más lógico) para hacernos ver que hemos de asumir desde el bautismo el compromiso de llevar el amor hasta el extremo. Cada eucaristía nos une ahora al agradecimiento de Jesús resucitado que anticipa su victoria. La muerte, la renuncia y el peligro son transformados desde dentro en instrumentos de liberación. Jesús con su obediencia filial al Padre nos obtiene una nueva victoria: aprender a vivir y a morir como acción de gracias, entregar la vida, como el, voluntariamente. La cruz y la resurrección de Jesús nos abren así a una nueva existencia de amor en comunión con Dios. Desde entonces su sacrificio es el nuestro y su ofrenda la nuestra. En la escuela eucarística se aprende a vivir dando gracias en toda circunstancia y ofreciendo el sacrificio de la vida a Dios, entregando todo con agradecimiento para devolver con amor cuanto hemos recibido. Amor se paga con amor.

El Señor inaugura una Nueva Alianza para siempre, que establece una relación también nueva entre nosotros. Un mismo pan, su cuerpo, nos hace un solo cuerpo. Este sacramento de unidad requiere la reconciliación, vivir en comunión, vida fraterna, dejando atrás diferencias y ofensas. ¡Cuanta gratitud debemos tener al Señor por su infinito amor! ¡Qué responsabilidad recibir el perdón de Dios y la vida divina! ¡que compromiso tan grande vivir con coherencia y dar testimonio de esta comunión!

“Tenemos un sumo sacerdote grande que ha atravesado el cielo, Jesús, Hijo de Dios” (Heb, 4,14), por consiguiente, en cada celebración de la eucaristía se manifiesta un anticipo de la liturgia celestial en la que Cristo, Sacerdote eterno, recordará nuestra vida en el altar del cielo. Con su persona la eternidad entró en el tiempo y el tiempo en la eternidad. Los antiguos llamaban por ello a la comunión la “medicina de la inmortalidad”. Por medio de la eucaristía entramos en la eternidad con toda nuestra vida y nuestras obras. Y la Iglesia, cuerpo de Cristo, cada vez que celebra desde entonces este admirable misterio, se hace místicamente presente toda entera, uniendo el cielo y la tierra, invocando a los santos y a los mártires que reinan con Cristo en la gloria. La misa nos enseña a vivir en esperanza y nos ayuda a morir, y cuando la ofrecemos por los difuntos sabemos que obtiene para ellos el fruto de la redención de Cristo. Llenos de confianza encomendamos a todos los fallecidos a causa de la epidemia al Cordero de Dios, que con su muerte quitó el pecado del mundo e hizo que el hombre resurgiera del sepulcro, para que los reciba en su gloria.

Hermanos: “Quien come de este pan vivirá para siempre”. La eucaristía es nuestro mayor tesoro, el mejor de los regalos que Jesús nos entregó para quedarse para siempre con nosotros, para unirse a nosotros en la comunión y que viniésemos a ser con él una misma cosa. Jesús nunca nos deja solos, nos alimenta y fortalece. Lo llamamos sacramento de amor ¿qué más nos podría dar el “amor de los amores” para llegar a ser como nuestro propio corazón y el motor para vivir, amar, luchar, sufrir, morir? Con su fuerza los santos aceptaron la voluntad de Dios y fueron capaces de vivir alegres y sacrificarse por los demás. El Señor pide ahora nuestra correspondencia de

amor para sentir como el, amarle, amar a los demás, agradarle en todo y encontrar en el nuestro consuelo. “¿Cómo pagaré al Señor todo el bien que me ha hecho? Alzaré la copa de la salvación, invocando el nombre del Señor” (Sal 115). AMEN.